



EL ÁNGULO OSCURO

JUAN MANUEL DE PRADA

TREVIJANO FERROZ

En su despliegue dialéctico, que tenía algo de bisturí y algo de ametralladora, había una gallardía admirable

TUVE el honor de tratar bastante a Antonio García-Trevijano, a quien convertí en colaborador asiduo de *Lágrimas en la lluvia*, un programa de debate cultural que dirigí en Intereconomía Televisión. Trevijano tenía estampa de hidalgo y ferocidad de tigre, generosidad de príncipe y desplantes de dandy; y, sobre todo, una inteligencia afilada y brillante como un puñal. Como tenía un gusto exquisito, piropeaba sin descanso a mi mujer (auténtica *alma mater* del programa), mientras los ojos le hacían chiribitas; y, sin solución de continuidad, se ponía a zurrar a los muchos alfeñiques que había conocido a lo largo de su fecunda y ajetreada vida (y había conocido a muchos y de todos los pelajes). Cuando repartía mandobles me recordaba a don Quijote en aquel episodio del teatrillo de maese Pedro, donde no dejaba títere con cabeza. Trevijano sabía bien que los maeses Pedros que vapuleaba merecían una temporada en galeras; pero sabía también que, por vapulearlos sin piedad, se había ganado una condena al ostracismo. Desde ese ostracismo, donde vivaqueaban sus jóvenes discípulos, nunca dejó de lanzar andanadas

Lo llevamos muchas veces al programa, no sólo para hablar de cuestiones de teoría política o hacer balance de la Transición (que dejaba hecha unos zorros o zorras), sino también para reflexionar sobre arte (asunto al que había dedicado un muy esmerado estudio, *Ateísmo estético*). Y cuantas veces lo llevamos al programa se nos planteaba el mismo

problema: todos los cagapoquitos de España no tenían redaños para sentarse a su lado y pegaban la espantada, aduciendo que era un orate o atribuyéndole turbios episodios guineanos; pero tales espantadas no tenían, en realidad, otra causa sino el miedo a confrontarse con un hombre de una categoría intelectual superior, de una lucidez casi alucinada (tal era el énfasis y fervor que empleaba en la exposición de sus tesis, a la vez disolventes como el aguardar y embriagadoras como el ajenjo). No negaré que a veces Trevijano respiraba por la herida (o por alguna de sus muchas heridas, pues lo habían alanceado mucho); y que le gustaba tanto pontificar que a veces se le olvidaba atender las razones del adversario. Pero en su despliegue dialéctico, que tenía algo de bisturí y algo de ametralladora, había un ímpetu juvenil y una gallardía admirables.

Tal vez los fundamentos de su pensamiento político (que había alicatado hasta el techo, haciéndolo a veces un poco abstruso) fuesen muy discutibles; pero... ¿quién podía resistirse a sus arrebatadas filípicas contra las oligarquías partidocráticas? ¿Quién no disfrutaba viendo cómo en un periquete dejaba convertidos en guiñapos y piltrafillas a los figurones más encumbrados de la reciente historia española? Polemista genial y artista sublime de la invectiva, paladín infatigable de la libertad política (que consideraba, con razón, secuestrada por los partidos), expuso en su magna *Teoría Pura de la República* su utopía republicana, con un estilo que era a la vez compendio y digresivo. En un programa de *Lágrimas en la lluvia* sobre la vejez le pregunté si tenía miedo a la muerte; a lo que me respondió: «Cuando eres viejo, contemplas la muerte con mayor serenidad. Y esa serenidad depende del grado de cumplimiento de las esperanzas que concebiste cuando eras joven. Si las has cumplido, la muerte no te da miedo ni te angustia. Yo considero que he realizado mis esperanzas vitales, aunque es verdad que me gustaría ver la libertad política en España, por la que tanto he luchado. Pero si no hay libertad política en España no será, desde luego, por mi culpa».

Ojalá Dios le haya dado el descanso eterno. Ya sé que Trevijano era un ateo irreductible; pero sólo Dios puede obligar a descansar a hombre tan ardoroso y feroz.



UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO CAMACHO

QUE SIGA EL ESPECTÁCULO

El 155 no les molesta tanto como fingien, dado que la mayoría conserva sus sueldos y sus cargos. Gentileza del Estado

PARA que no decaiga la tensión debe continuar el espectáculo. La gran ceremonia de la confusión, el ritual para mantener la expectativa de los dos millones de votantes apalancados. El lento rigodón del independentismo no tiene otro objeto que el de alargar la gran ceremonia del agravio. Al final todo es bastante simple: consiste en simular, mediante un alambicado protocolo de legitimidades simbólicas, que la culpa la tiene siempre el Estado. Los separatistas están cómodos bajo el bloqueo porque carecen, fuera del marco de la secesión, de cualquier proyecto programático. El 155 no les molesta tanto como fingien, dado que la mayoría conserva, por gentileza de los presuntos opresores, sus sueldos y sus cargos. No sienten prisa, y sí una cierta pereza, por aplicarse a administrar un territorio cuyas necesidades reales hace tiempo que olvidaron.

La abdicación forzosa de Puigdemont es la penúltima mascarada de esta especie de *procès* diferido o postergado. No está mal como *gag* de comedia: un prófugo de la Justicia, cargado de impostada solemnidad, señala como sucesor a un presidiario. Cuando el juez declare inelegible a Jordi Sánchez volverá a correr el escalafón de candidatos, a ver si el Supremo acaba dando el visto bueno a un subalterno imputado. La cuestión esencial para mantener la cohesión es demostrar que el consenso constitucional no rige en Cataluña porque el designio de rebeldía civil no tuerce el brazo.

Con la declaración aprobada el jueves en la Cámara autonómica, el magistrado Llarena podría volver a meter en la cárcel a todos los que se desdijeron ante él de la unilateralidad para reafirmarla en el Parlamento. Esa figura se llama reiteración delictiva y constituye motivo de encarcelamiento. La declaración de independencia ha dejado de ser simbólica; ahora es de nuevo, junto al referéndum ilegal de octubre, la fuente legítima del proceso. Se trata de una reincidencia clara que expresa la voluntad política de desafiar al Derecho. Y el propio Puigdemont la ratifica desde lejos a sabiendas de que le cierra a su delfín instrumental, y de rebote a Junqueras, cualquier posibilidad de salir de su encierro.

Por más que el pensamiento ilusorio de los constitucionalistas albergue la esperanza de lo contrario, el objetivo de la ruptura sigue intacto. Lo único que van a cambiar son los plazos, que ahora tendrán que ser necesariamente más largos. No existe otro destino ni otra meta para un movimiento que se ha encerrado a sí mismo en el bucle de un mito retroalimentado. El Gobierno y los demás agentes políticos e institucionales ya deberían de haber aprendido que se enfrentan a un grupo de iluminados capaces de sobreponerse a cualquier contratiempo o desmayo; gente experta en el victimismo que aprende de cada derrota el modo de reajustar sus pasos. Tienen cuerda para rato y suficiente apoyo social para adaptarse incluso al colapso.

JM NIETO Fe de ratas

